



El pintor neoyorquino Len Tantillo recrea el asentamiento holandés que se ubicó en la parte sur de la isla en su cuadro «Manhattan» (1660)

EL ORIGEN OCULTO DE NUEVA YORK

RUSSELL SHORTO RELATA CON MAESTRÍA LA ÉPICA FUNDACIÓN Y LOS CASI OLVIDADOS 40 AÑOS DE COLONIZACIÓN HOLANDESA EN EL SIGLO XVII, QUE DEJARON SU IMPRONTA DE APERTURA Y RESPETO A LA DIVERSIDAD RELIGIOSA Y CULTURAL EN LA MÍTICA CIUDAD ESTADOUNIDENSE

Enrique Clemente

¿Cuál es el origen de la Nueva York multicultural, cosmopolita y tolerante que sigue atrayendo como un imán de libertad a ciudadanos de todo el mundo? Con la paciencia del entomólogo, el rigor del historiador y la fluidez del periodista, Russell Shorto lo explica y argumenta en su extraordinario libro *Manhattan. La historia secreta de Nueva York*. Su respuesta no deja lugar a dudas: fue la colonización holandesa del siglo XVII la que sentó las bases para su desarrollo como una sociedad abierta donde conviven ciudadanos de diferentes razas, religiones y procedencias. La traslación a la colonia del modelo holandés configuró su ADN y la hizo distinta del resto de EE.UU. Cuando los ingleses, los puritanos padres fundadores, controlaron la colonia se dieron cuenta de que funcionaba bien y mantuvieron el mismo sistema mercantil y la sociedad multicultural. «De ahí surgiría en el futuro una cultura con una energía, vitalidad y creatividad sin precedentes», escribe el autor.

Shorto da luz a los primeros 40 años de la ciudad, desde el asentamiento holandés en 1624 a la conquista por los ingleses en 1664. Un tiempo en que se llamaba Nueva Ámsterdam, era la capital de los Nuevos Países Bajos y ocupaba el extremo sur de la isla, donde hoy se alzan los rascacielos de Wall Street. De esta forma rescata un pasado que permaneció oculto durante más de tres siglos porque la historia la escribieron, como siempre, los vencedores, y que solo hace unos años se empieza a valorar en su justa medida.



Reproducción de un mapa antiguo de la época



HISTORIA
«Manhattan. La historia secreta de Nueva York»

Russell Shorto. Traducción de Marta Pino. Duomo. 518 páginas. 24 euros ***

El autor compone un fascinante relato épico de un período convulso y desconocido, sepultado por el posterior dominio inglés, pero crucial para comprender lo que es hoy en

día la capital del mundo. Pero también traza un retrato de la metrópoli holandesa, que llegó a convertirse en la primera potencia mundial y donde surgieron movimientos políticos, filosóficos y culturales, con nombres tan destacados como Grocio, Descartes o Spinoza, que configuraron la modernidad. Una excepción liberal en una Europa monárquica y fundamentalista.

Por sus páginas desfilan personajes tan atractivos como el último director de la academia, Peter Stuyvesant, un militar duro y hábil con pata de palo contra el que se levantó la población; el abogado Adrien Van der Donck, hasta ahora prácticamente olvidado, pero que jugó un papel fundamental porque luchó de forma incansable para introducir un gobierno representativo; o Peter Minuit, que ha pasado a la historia por comprar Manhattan a los indios en 1624 a cambio de

productos por un valor de 60 florines, una cantidad que un historiador del siglo XIX tradujo por 24 dólares. Aunque Shorto pone en su contexto y desmitifica esta supuesta compraventa y argumenta que se trató más bien de una alianza de mutua ayuda entre colonizadores e indígenas.

Por sus páginas desfilan exploradores, empresarios, piratas, contrabandistas, pícaros y prostitutas, como la que tenía la costumbre de medir el pene de sus clientes con el palo de una escoba, procedentes de diferentes lugares de Europa. Fueron los primeros neoyorquinos, una «Babel de pueblos», además de holandeses, noruegos, alemanes italianos, suecos, daneses, ingleses, polacos, judíos, africanos (esclavos y libres), indígenas y muchos otros. Shorto compone un fresco de película, por lo que no es extraño que una productora se haya interesado por el libro que podría dejar en mantillas *Gangs of Nueva York* de Scorsese.

La propia historia de cómo los documentos sobre la colonia, que sobrevivieron a guerras, incendios, inundaciones y varios siglos de abandono se llegaron a conocer es también sobresaliente. Un sinfín de peripecias hasta que el erudito Charles Gehring comenzó a traducirlos en 1974. Son más de 12.000 páginas, algunas medio calcinadas y mohosas, de cartas, sentencias, actas, registros, escrituras, testamentos y diarios apenas estudiados, escritos en un holandés antiguo que solo algunos expertos saben descifrar, y que llevaban muchos años durmiendo en las estanterías de la Biblioteca del estado de Nueva York, en Albany.